Carta pastoral

“ECHAD VUESTRAS REDES” (Lc 5,4)
UN NUEVO IMPULSO A LA PASTORAL CON JÓVENES

Mons. Antonio Prieto Lucena
Obispo de Alcalá de Henares

Septiembre 2025

“ECHAD VUESTRAS REDES” (Lc 5,4)
UN NUEVO IMPULSO A LA PASTORAL CON JÓVENES
CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2025-2026

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 3

1. HEMOS BREGADO TODA LA NOCHE Y NO HEMOS PESCADO NADA 5
1.1. La mayoría de los jóvenes viven alejados de la Iglesia. 6
1.2. ¿Cómo son los jóvenes cristianos de hoy? 6
1.3. El problema de fondo 8
1.4. La situación en nuestra Diócesis. 9
1.5. La Delegación de Infancia y Juventud y las parroquias. 11

2. POR TU PALABRA ECHARÉ LAS REDES 14
2.1. Los jóvenes en la Biblia 14
2.2. Siendo joven, Cristo santificó la juventud. 15
2.3. Los jóvenes son el presente de la Iglesia 16

3. DESDE AHORA SERÁS PESCADOR DE HOMBRES .18
3.1. Las asociaciones y movimientos juveniles. 18
3.2. La búsqueda, el crecimiento y los ambientes adecuados 19
3.3. Los jóvenes, apóstoles de otros jóvenes. 21
3.4. El acompañamiento de las familias y los catequistas 23
3.5. El papel insustituible del sacerdote y las personas consagradas . 24

3.6. Las instituciones educativas 26
3.7. Las Delegaciones de pastoral juvenil, universitaria y vocacional. 27
3.8. Los campamentos de verano 29

4. SANTA MARÍA, MADRE DE LOS JÓVENES 31

“ECHAD VUESTRAS REDES” (Lc 5,4)
UN NUEVO IMPULSO A LA PASTORAL CON JÓVENES

Queridos diocesanos de Alcalá de Henares:

Todavía inmersos en el año jubilar de la esperanza, en el que hemos podido experimentar la misericordia de Dios que cura nuestras heridas, especialmente la falta de ilusión y la desconfianza, os propongo, para el curso que estamos comenzando, una reflexión sobre la pastoral con jóvenes.

En el Encuentro diocesano de comienzo del curso pasado, como Diócesis complutense, nos hacíamos dos preguntas: “¿Qué quiere Dios que seamos?” y “¿Qué quiere Dios que hagamos?”. En las diferentes sesiones de los consejos episcopal, presbiteral, de arciprestes y de pastoral, Dios nos ha ido regalando una visión de futuro, para orientar nuestros pasos como Iglesia particular: “En santidad y comunión, ser misioneros de la acogida y la esperanza”.

Dios nos pide ponernos en estado de misión, saliendo al encuentro de nuestros hermanos para sembrar la esperanza, que es Cristo (cfr. 1Tm 1,1). Pero esta misión no podemos llevarla a cabo sin una profunda vida espiritual, en la que Cristo sea el centro y el motor. Ni podemos ser misioneros cada uno por su lado, sino en comunión, sabiendo que es necesario que estemos unidos, para que el mundo crea (cfr. Jn 17,21-23).

Tener una visión de futuro, que todos hagamos propia y en la que todos nos sintamos llamados a participar, nos ayuda a orientar nuestra pastoral. Como dice el Libro de los Proverbios: “Donde no

hay visión, el pueblo se extravía" (Prov 29,18). Cuando Dios regaló al profeta Habacuc una visión de futuro para el pueblo de Israel, le mandó escribirla en tablillas y aspirar a ella con ilusión y paciencia (Hab 2,1-3).

Si Dios nos llama a la misión, hemos de ponernos en camino con esta misma ilusión y paciencia, cada uno en su lugar. Creo que una reflexión común sobre la pastoral con jóvenes, que cada uno adapte a su realidad, puede sernos de utilidad a todos. Aunque nuestras raíces se hunden en la antigüedad cristiana, desde la reinstauración de 1991, somos una Diócesis joven, en la que la población crece cada año. Ciertamente nos afecta el desplome de la natalidad, pero menos que en otros lugares, por lo que muchos jóvenes de nuestra Diócesis están esperando que les anunciemos a Cristo, para que llene sus vidas de sentido y de esperanza.

1. HEMOS BREGADO TODA LA NOCHE Y NO HEMOS PESCADO NADA

El Evangelio de San Lucas (cfr. Lc 5,1-11) nos narra que, estando Jesús predicando a la orilla del lago de Genesaret, la gente se agolpaba apretujándole para escuchar su palabra. En esta situación de apuro, Jesús subió a la barca de Pedro, para adentrarse un poco en el lago y así poder continuar su catequesis con más tranquilidad. Al terminar su discurso, Jesús dijo a Pedro: "rema mar adentro, y echad vuestras redes para pescar" (Lc 5,4).

Con sencillez, Pedro responde que han estado bregando toda la noche sin ningún resultado. La propuesta de Jesús parece una locura. Después de toda una noche de pesca, es presumible que el nuevo intento será infructuoso, además de que el experto pescador suele elegir el momento de la noche y no el día, porque los peces acuden a aguas menos profundas en la oscuridad y entonces la pesca es más abundante.

A pesar de estas dificultades objetivas, Pedro confía y echa la red una vez más. El resultado es inesperado: la redada es tan grande que casi se rompe la red, de manera que tiene que pedir ayuda a otros pescadores para que le ayuden a remolcarla hasta la orilla. Pedro, entonces, ante la grandeza del Señor, se siente avergonzado de su indignidad: "aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador". Pero Jesús le tranquiliza, al mismo tiempo que le confía una misión: "no temas, desde ahora serás pescador de hombres".

Al comienzo de este curso pastoral, Jesús también quiere subir a nuestra barca y nos invita a echar nuestras redes, sobre todo en lo que respecta a la evangelización de los jóvenes. Desde las últimas décadas, la Iglesia en España, y también nuestra Diócesis, viene realizando un enorme esfuerzo en esta dirección, y ese esfuerzo, con la gracia de Dios, va dando su fruto. Podemos decir que la pesca milagrosa ya se ha producido entre nosotros. Muchos de los matrimonios, sacerdotes y consagrados que hoy trabajan en nuestras parroquias y comunidades

cristianas descubrieron su vocación y su compromiso en las actividades organizadas por las Delegaciones de Infancia y Juventud.

1.1. La mayoría de los jóvenes viven alejados de la Iglesia

Sin embargo, si atendemos a las estadísticas, también tenemos motivos para el desánimo, como les ocurría a aquellos pescadores del mar de Galilea. No todos los jóvenes que han pasado por las actividades de nuestra pastoral juvenil perseveran en su vida cristiana. De hecho, son más los que viven alejados de la Iglesia, que los que viven comprometidos con ella, y esto puede generar en nosotros un cierto sentimiento de frustración.

Es un dato que la mayoría de los jóvenes españoles viven alejados de la Iglesia. Solo un 32% se consideran católicos[1]. Esto se debe a muchas razones, entre las que se encuentra el hecho de que la Iglesia no está sabiendo llegar hasta ellos, pero también que los jóvenes tienen prejuicios contra ella, o sencillamente no quieren comprometerse y prefieren dejarse llevar por lo fácil[2]. Como evangelizadores, no podemos cansarnos de echar las redes, adaptándonos a las necesidades de los jóvenes, pero sin cambiar el Evangelio, ya que Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre (cfr. Hb 13,8).

1.2. ¿Cómo son los jóvenes cristianos de hoy?

Para comprender, de manera concreta, cómo son los jóvenes cristianos de nuestra Diócesis, nuestros Delegados de Infancia y Juventud han propuesto el ejemplo de dos personajes imaginarios: Carla y Javier. Carla es una chica universitaria que vive en una urbe

---

[1] Cfr. Funcas, *Notas de coyuntura social,* Junio de 2025.

[2] "Un número consistente de jóvenes, por razones muy distintas, no piden nada a la Iglesia porque no la consideran significativa para su existencia. Algunos, incluso, piden expresamente que se les deje en paz, ya que sienten su presencia como molesta y hasta irritante": Francisco, Exhortación *Christus vivit*, n. 40.

de la Diócesis. Hija única de padres separados, trata de vivir su fe en su parroquia, aunque allí no haya grupo de jóvenes, pero valora al sacerdote y ama a la Iglesia. Ha vivido una experiencia de primer anuncio y en su facultad todos saben que es católica. No tiene miedo a dar testimonio de su fe. Dado que en su parroquia no hay grupo de jóvenes, busca otros lugares donde haya jóvenes cristianos, porque tiene una gran necesidad de no sentirse sola, ya que el ambiente que respira es muy contrario a la fe.

Está muy dispuesta a colaborar en obras apostólicas, pero, junto con su entusiasmo, también reconoce que es inconstante y que tiene que superar ciertas heridas personales, causadas por vivencias del pasado. A esto se suma que en su casa no se practica la fe. Cuando le llegan ofertas de ocio desde diferentes instancias, le cuesta decidir por sí sola. Quiere ser cristiana, pero no quiere vivir desconectada del resto de los jóvenes de su edad. Por eso, para orientarse, busca jóvenes cristianos de su edad. Se la ve en muchos sitios, porque necesita referentes que la ayuden.

Por su parte, Javier es de un pueblo pequeño de la Diócesis. Ya ha terminado la carrera y trabaja en Madrid, en un puesto que le requiere muchas horas, pero con un sueldo muy bajo. A esto hay que sumar el tiempo que pasa en el transporte público, para ir y venir cada día desde su pueblo. Prácticamente no tiene tiempo libre entre semana. Debe compaginar el trabajo con la familia, su novia, sus amigos, el deporte y otros hobbies. Sus padres acaban de celebrar sus bodas de plata matrimoniales. Tiene tres hermanos, dos chicas y un chico, y él es el segundo después de su hermana mayor.

Desde hace unos cuantos años pertenece a una cofradía de otro pueblo, por invitación de un amigo. Va a Misa los domingos, con sus padres y hermanos, pero él y sus hermanos son prácticamente los únicos jóvenes de la parroquia. Tiene inquietud religiosa, pero casi no tiene tiempo para desarrollarla. Dado que en su parroquia no hay jóvenes, cuando puede, busca grupos de jóvenes cristianos en ciudades o pueblos

más grandes que el suyo, pero esto no lo entienden sus amigos, por lo que él lo lleva un poco en secreto. No le gusta verse señalado por su fe y delante de sus amigos le cuesta ser él mismo. En cambio, cuando está con sus amigos cristianos, fuera de su pueblo, se siente más libre. De alguna manera, lleva una especie de doble vida.

1.3. El problema de fondo

Carla y Javier, como todos los jóvenes, viven preocupados por su futuro laboral. Les interesan las cuestiones sociales, como la justicia o la paz, y los temas relativos a la sexualidad, el modo de relacionarse con su propio cuerpo y las relaciones afectivas[3]. Les apasiona el deporte y la música, y viven habitualmente en el sexto continente de las redes sociales, con todas sus oportunidades y desafíos. Tienen sed de espiritualidad y buscan encontrar una comunidad acogedora en la Iglesia, en la que puedan ejercer una responsabilidad madura y responsable[4]. Viven su fe cristiana en un mundo en cambio[5], que afecta a la familia, a la educación, a las instituciones en general y también a la Iglesia.

Les ha tocado vivir en un momento en el que, hacia fuera, la Iglesia trata de encontrar su lugar, mucho menos significativo que antes, en una sociedad mayoritariamente secularizada. Hacia dentro, como Pueblo de Dios que camina entre otros pueblos[6], la Iglesia sufre el influjo de la polarización exterior, por lo que a veces se muestra

---

[3] Cfr. Francisco, Exhortación *Christus vivit*, n. 81. Un análisis de la realidad que viven los jóvenes cristianos de hoy se encuentra en: Conferencia Episcopal Española, *Proyecto marco de pastoral con jóvenes ¡Poneos en camino! (Lc 10,3)*, nn. 42-62.

[4] Cfr. Departamento de Pastoral de Juventud de la Conferencia Episcopal Española, *Síntesis de las aportaciones de los jóvenes españoles para el Sínodo sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, 2018.

[5] Cfr. Francisco, *Discurso* 21-XII-2019.

[6] Cfr. Conferencia Episcopal Española, *El Dios fiel mantiene su alianza*, nn. 73-76.

como una institución poco unida en su mensaje y en su acción, lo cual desconcierta mucho a los jóvenes. Ellos buscan vivir la fe en la parroquia, que es su ambiente cristiano más cercano, pero al no encontrar jóvenes de su edad, buscan eventos religiosos donde vayan otros jóvenes, para no sentirse solos.

Por el ambiente en el que viven, cuando los jóvenes se van iniciando en la vida de la Iglesia, les resultan extrañas las celebraciones, el lenguaje y las normas. Necesitan referentes que les expliquen estas cosas y les ayuden a comprender su sentido. A esta extrañeza, se une la debilidad interna de los mismos jóvenes. En líneas generales, a causa de la inmadurez, tienen poca capacidad para el compromiso, el sufrimiento y el sacrificio. Su voluntad está forjada por el emotivismo y el ambiente virtual, con muchos contactos efímeros y muy pocos vínculos significativos y enriquecedores. Los jóvenes son conscientes de esto y buscan identidad y acompañantes, auténticos y creíbles, que los guíen en su camino. Se hacen preguntas sobre su futuro, sobre la vocación y su relación con los demás, y necesitan respuestas de personas autorizadas.

A pesar de ser jóvenes, muchos acumulan en sus vidas grandes dosis de sufrimiento, por problemas vividos en la familia, en el colegio o con los amigos. Por lo que respecta a la salud mental de los jóvenes en general, la situación en España es alarmante, sobre todo por problemas de depresión, ansiedad, trastornos alimenticios, estrés postraumático, adicciones a sustancias o conductuales e incluso por ideaciones suicidas. Una estadística del año 2023 reportaba que el 60% de los jóvenes españoles padece alguna o varias de estas dolencias[7].

1.4. La situación en nuestra Diócesis

Por lo que respecta a nuestra Diócesis de Alcalá de Henares, por sus características sociológicas, el proceso de secularización que asola

[7] Cfr. Centro Reina Sofía de Fad Juventud, *Barómetro de Juventud, Salud y Bienestar*, 2023.

nuestra vieja Europa nos está afectando especialmente. En los últimos quince años, la celebración de bautismos y primeras comuniones se ha reducido a la mitad, y la celebración de matrimonios canónicos se ha desplomado a la quinta parte. La pandemia por la Covid-19 también se dejó sentir seriamente en nuestra Diócesis. Algunas actividades de pastoral juvenil que dejaron de organizarse a causa de la pandemia, no se han retomado y han caído en el olvido.

Por los datos que maneja nuestra Delegación de Infancia y Juventud, solo el 10% de las parroquias de nuestra Diócesis cuenta con un grupo estable de jóvenes. En las últimas convocatorias juveniles a las que nos ha llamado la Iglesia, como la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, en 2023, o el reciente Jubileo de los Jóvenes, en Roma, han participado más de cien jóvenes complutenses, pero prácticamente todos pertenecían a cuatro o cinco parroquias de nuestra Diócesis.

En los diálogos sobre pastoral juvenil abiertos en el curso pasado, reconocíamos que nuestra Diócesis cuenta con muchos niños y jóvenes, pero no sabemos cómo llegar hasta ellos. Nos sentimos desorientados. Por una parte, sus familias ya no viven la fe o no saben cómo transmitirla. Por otra parte, son jóvenes cada vez más solicitados por actividades extraescolares, deportivas o de ocio y tiempo libre, que prefieren a nuestras convocatorias. En toda la Diócesis, la poscomunión es un verdadero reto pastoral. Son pocos los adolescentes que perseveran. Como dijo el Papa Francisco en una ocasión, en cierta manera, los sacramentos de la confirmación y la primera comunión pueden considerarse los "sacramentos del adiós"[8].

Somos conscientes de que no podemos quedarnos pasivos, tenemos que hacer algo. Debemos implicar más a las familias y vincularlas al trabajo de los catequistas y de los profesores de religión. También debemos aprovechar las actividades de ocio y tiempo libre, pero nos faltan monitores bien formados y comprometidos, además

[8] Cfr. Francisco, Audiencia 30-X-2024.

de que estas actividades no son baratas y no todas las familias pueden permitirse enviar a sus hijos a este tipo de eventos.

Por lo que respecta a nuestros sacerdotes, más de la mitad consideran la Pastoral de Infancia y Juventud como una prioridad, pero, o bien no saben cómo participar en las actividades de nuestra Delegación o no se sienten integrados en la misma, por diversas razones, aunque consideran que sus actividades, en general, están bien seleccionadas. Sobre ellos pesa la crisis eclesial que estamos viviendo, en relación con los abusos a menores por parte de clérigos, que les retrae a la hora de organizar y participar en actividades pastorales con niños. Además de que las actividades con niños y jóvenes suponen un esfuerzo especial, que se añade a su habitual sobrecarga de trabajo.

1.5. La Delegación de Infancia y Juventud y las parroquias

En todas las conversaciones mantenidas, durante el curso pasado, en los órganos de gobierno colegiales de la Diócesis, y con los sacerdotes en los arciprestazgos, sobre la Pastoral de Infancia y Juventud, se evidenció la necesidad de trabajar en comunión, de creer en ella y de salir de nuestro individualismo. Como se dijo en una de las reuniones, aunar esfuerzos es para nosotros una cuestión de supervivencia. Hemos de pasar del "yo" al "nosotros", como señalaba un sacerdote, haciendo referencia a la forma eclesial de la fe cristiana[9].

Todos debemos sentirnos implicados: parroquias, sacerdotes, consagrados, familias, laicos, instituciones educativas, delegaciones de pastoral, asociaciones, movimientos y nuevas realidades eclesiales. La Pastoral de Infancia y Juventud no es un asunto exclusivamente del Obispo o de la Delegación que la coordina, sino de toda la Diócesis. Sin jóvenes verdaderamente cristianos no hay futuro, ni podrá producirse el relevo generacional que necesita nuestra Iglesia local.

---

[9] Cfr. J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos*, Barcelona 1985, 85.

Una cuestión que se ha planteado en nuestros diálogos ha sido la relación entre la Delegación de Infancia y Juventud y las parroquias. Ante esto, debemos recordar que las delegaciones son extensiones de la autoridad pastoral del Obispo, que deben estar intrínsecamente ligadas a los párrocos, que, a su vez, son los principales colaboradores del Obispo[10]. Sin esta íntima relación entre la Delegación de Infancia y Juventud y los párrocos, nuestra pastoral carecerá de unidad y eficacia, a lo cual debemos unir también la colaboración de los consagrados, las instituciones educativas y las asociaciones y movimientos de nuestra Diócesis.

De acuerdo con el Obispo, a la Delegación le corresponde promover y coordinar la pastoral juvenil de la Diócesis, pero sin ningún afán de sustituir a los párrocos, sino de ayudarles en su responsabilidad de evangelizar a los jóvenes. Cada parroquia es una célula básica de nuestra Iglesia local, pero no puede ser una "isla"[11]. Está llamada a unir esfuerzos con el resto de las parroquias de la Diócesis, especialmente con las parroquias territorialmente más cercanas, y a visibilizar la comunión diocesana en algunas actividades propuestas por la Delegación.

"Los párrocos con sus auxiliares – dice el Decreto *Christus Dominus* – cumplan su deber de enseñar, santificar y de regir de tal forma que los fieles y las comunidades parroquiales se sientan, en realidad,

---

[10] Cfr. Concilio Vaticano II, Decreto *Christus Dominus*, n. 28; Constitución *Lumen Gentium*, n. 28.

[11] "Como el mundo entero tiende, cada día más, a la unidad de organización civil, económica y social, así conviene que cada vez más los sacerdotes, uniendo sus esfuerzos y cuidados bajo la guía de los Obispos y del Sumo Pontífice, eviten todo conato de dispersión, para que todo el género humano venga a la unidad de la familia de Dios": Id., Constitución *Lumen Gentium*, n. 28. "Si no vive del dinamismo espiritual propio de la evangelización, la parroquia corre el riesgo de hacerse autorreferencial y de esclerotizarse, proponiendo experiencias desprovistas de sabor evangélico y de impulso misionero, tal vez destinadas solo a pequeños grupos": Congregación para el Clero, *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, n. 17.

miembros tanto de la Diócesis, como de toda la Iglesia universal. Por lo cual, colaboren con otros párrocos y otros sacerdotes que ejercen en el territorio el oficio pastoral […] o están dedicados a las obras de índole supra-parroquial, para que no falte unidad en la Diócesis en el cuidado pastoral, o incluso sea este más eficaz"[12].

El párroco es, por lo tanto, el pastor principal de su comunidad[13], pero está llamado a colaborar con la Delegación, a través de la cual el Obispo orienta y coordina la pastoral con jóvenes de toda la Diócesis. La Delegación actúa de manera subsidiaria, ofreciendo a las parroquias apoyo técnico, asesoramiento, cursos de formación, o cualesquiera otras ayudas que sean necesarias en cada caso. Cuando la Delegación propone actividades a nivel diocesano, no busca desarraigar a los jóvenes de sus parroquias, sino enardecerlos y fortalecerlos en su fe, en contacto con jóvenes de otras parroquias y movimientos, para que vuelvan a sus respectivas parroquias como apóstoles de otros jóvenes y se comprometan a colaborar más estrechamente con sus párrocos. Para que esto sea posible, es necesario que los párrocos también participen en estas mismas iniciativas diocesanas, acompañando a sus jóvenes y siendo para ellos sus principales referentes.

Quiero insistir en esta necesidad de que los sacerdotes sean referentes de los jóvenes que se les encomiendan, estando cerca de ellos y participando de sus actividades, sin delegar absolutamente esta responsabilidad en otras instancias. Esto es cada vez más urgente, dado que la configuración territorial de las parroquias se está desdibujando por la creciente movilidad y la cultura digital. La vida de las personas, y particularmente de los jóvenes, cada vez se identifica menos con un contexto definido e inmutable, desenvolviéndose más bien en una aldea global y plural[14].

---

[12] Concilio Vaticano II, Decreto *Christus Dominus*, n. 30.

[13] Cfr. Código de Derecho Canónico, c. 515 § 1.

[14] Cfr. Congregación para el Clero, *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, n. 8.

2. POR TU PALABRA ECHARÉ LAS REDES

Después de este breve análisis de la situación actual de la pastoral con jóvenes, quisiera ahora contemplar esta realidad a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia, que nos invitan a valorar a los jóvenes y a ofrecerles nuestro acompañamiento, con generosidad y sin desánimos. Viendo la complejidad de la situación pastoral, podemos desilusionarnos, pero contemplando a Jesús, "el compañero y amigo de los jóvenes"[15], debemos decir como Pedro: "por tu palabra echaré las redes" (Lc 5,5).

2.1. Los jóvenes en la Biblia

La Exhortación *Christus vivit*, del Papa Francisco, dedica su primer capítulo a mostrar el protagonismo de los jóvenes en la historia de la salvación. En una época en la que los jóvenes no contaban mucho, es reconfortante recordar lo que Dios dijo al joven Gedeón: "ve con esa fuerza que tienes y salvarás a Israel" (Jc 6,14). Podemos esperar mucho de los jóvenes.

En la Biblia no se silencia la debilidad de los jóvenes. El hijo pródigo era el más joven de la familia. Después de derrocharlo todo, supo recapacitar y comenzar de nuevo, encontrándose con la misericordia de su padre (cfr. Lc 15,11-32). Por su parte, el joven rico no fue capaz de renunciar a sus riquezas, cuando Jesús le invitó a dejarlo todo y a seguirle (cfr. Mc 10,17-30). Cuando Dios llama a los jóvenes, con frecuencia ellos se sienten incapaces de aceptar la misión. Jeremías dijo: "¡Ay Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven" (Jr 1,6); y Salomón respondió: "Soy un joven muchacho y no sé por dónde empezar y terminar" (1Re 3,7).

Sin embargo, Dios cuenta con ellos. Eligió a David, aunque fuera un muchacho, porque "el hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón" (1Sa 16,7). Del mismo modo que se sirvió para sus

[15] S. Pablo VI, *Clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Mensaje a los jóvenes*, n. 6.

planes de la debilidad de jóvenes como José, que fue vendido por sus hermanos y acabó siendo el administrador del Faraón (cfr. Gn 37-47); o Rut, la moabita, que, siendo extranjera, cuidó de su suegra judía con toda generosidad (Rut 1,1-18).

Jesús no quería que los mayores miraran con desprecio a los jóvenes: "Dejad que los niños se acerquen a mí. No se lo impidáis, porque el Reino de los cielos es de los que son como ellos" (Mt 19,14). "El mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor" (Lc 22,26). Del mismo modo, San Pablo recomienda al joven Obispo Timoteo: "que nadie te menosprecie por tu juventud" (1Tm 4,12).

2.2. Siendo joven, Cristo santificó la juventud

Sobre la adolescencia de Jesús, sabemos que vivía sujeto a María y a José (cfr. Lc 2,51), que priorizaba estar en las cosas de su Padre (cfr. Lc 2,41-52), que se esforzaba en el trabajo (cfr. Mt 13,55) y que crecía en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres (cfr. Lc 2,52). De esta manera, se iba preparando para su ministerio público, que comenzó en plena juventud. Con la conciencia de que el Padre le amaba entrañablemente (cfr. Lc 3,22), en todo momento se dejó conducir por el Espíritu, para liberar y sanar (cfr. Lc 4,1-14), hasta dar su vida por nosotros en la cruz (Jn 19,30).

Jesús no fue un joven ensimismado, todo lo contrario: cuidó la amistad con sus discípulos, permaneciendo fiel a ellos, aunque ellos no lo fueran tanto. Manifestó una profunda compasión por los más débiles, especialmente por los pobres, los enfermos y los pecadores. Vivió la experiencia de sentirse incomprendido, sintió miedo al sufrimiento y la fragilidad de la pasión[16].

Como dice la Exhortación *Christus vivit*, "nada de esto debería ser ignorado en la pastoral juvenil, para no crear proyectos que aíslen

[16] Cfr. Francisco, Exhortación *Christus vivit*, n. 31.

a los jóvenes de la familia y del mundo, o que los conviertan en una minoría selecta y preservada de todo contagio. Necesitamos más bien proyectos que los fortalezcan, los acompañen y los lancen al encuentro de los demás, al servicio generoso, a la misión"[17].

2.3. Los jóvenes son el presente de la Iglesia

La Iglesia necesita a los jóvenes. Ellos no son solo su futuro, sino que ya cuentan en el presente[18]. La Iglesia necesita ser rejuvenecida constantemente. Como dijo el Papa San Pablo VI al final del Concilio Vaticano II, la Iglesia está llamada a ser la verdadera juventud del mundo[19]. Ahora bien, la Iglesia no será joven por ceder a todo lo que el mundo le ofrece. Lo será siempre que sea fiel a sí misma. La Iglesia es joven "cuando sabe recibir la fuerza siempre nueva de la Palabra de Dios, de la Eucaristía, de la presencia de Cristo y de la fuerza de su Espíritu cada día. Es joven cuando es capaz de volver una y otra vez a su fuente"[20].

En esto los jóvenes deben ser protagonistas. Ellos pueden ayudar a la Iglesia a no buscar falsas seguridades mundanas, a ser más pobre y testimonial, a reflejar más plenamente a Jesucristo. El corazón de la Iglesia está lleno de jóvenes santos, que entregaron su vida por Cristo, muchos de ellos hasta el martirio. Entre otros, la Exhortación *Christus vivit*[21], habla de San Sebastián, el joven capitán de la guardia pretoriana, que, en el siglo III, daba testimonio de Cristo por todas partes; San Francisco de Asís, que se sintió llamado a vivir pobre y humilde para restaurar la Iglesia; Santa Teresa del Niño Jesús, que, en el Carmelo de Lisieux, vivió de manera heroica el camino de la confianza en Dios; o

[17] Ibid., n. 30.

[18] Cfr. Ibid., n. 64.

[19] Cfr. S. Pablo VI, *Clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Mensaje a los jóvenes*, n. 6.

[20] Francisco, Exhortación *Christus vivit*, n. 35.

[21] Cfr. Ibid., nn. 49-63.

la joven Chiara Badano, enferma de cáncer, que mostró al mundo que, con Cristo, el dolor puede ser transfigurado en amor.

Próximamente, serán canonizados Carlo Acutis y Pier Giorgio Frassati. El primero se convirtió en el "influencer de Dios", por difundir su amor a la Eucaristía y a la Virgen María a través de internet. Como sabemos, decía que la Eucaristía era "su autopista hacia el cielo" y que la Virgen era "la mujer de su vida". Por su parte, el Beato Pier Giorgio Frassati, desde una profunda vida espiritual, se dedicó a los pobres de las periferias de Turín. Trataba de llevar a sus amigos a Dios. Para ello, organizaba excursiones de alpinismo, para enseñarles que era necesario "mirar hacia arriba". Decía que un católico necesita amigos católicos y tratar con ellos, para ser cada día más amigos y mejores católicos. Por último, cabría mencionar al joven Beato Karl Leisner, ordenado sacerdote clandestinamente en el campo de concentración de Dachau, que solo pudo celebrar la Eucaristía en dos ocasiones antes de morir, ofreciendo su vida por todos los jóvenes del mundo.

3. DESDE AHORA SERÁS PESCADOR DE HOMBRES

Una vez que, desde la Palabra de Dios y el Magisterio, hemos iluminado la realidad de los jóvenes, contemplando su importancia en el proyecto de Dios y para la Iglesia, concluimos esta reflexión con algunas propuestas prácticas que puedan orientar nuestra pastoral, extraídas de la Exhortación *Christus vivit*, que insiste en una pastoral juvenil sinodal.

La Palabra de Dios, que nos llama a convertirnos en "pescadores de hombres" (Lc 5,10), nos invita también a trabajar unidos. Los primeros pescadores del mar de Galilea hicieron señas a sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a "echarles una mano" (Lc 5,7). En todos los episodios evangélicos en los que Jesús realiza el milagro de una pesca inesperada y sobreabundante, aparece siempre la comunión apostólica y el trabajo en equipo. En el relato de San Juan (cfr. Jn 21,1-14), que ocurre después de la Resurrección, el Discípulo amado subraya que los Apóstoles "estaban juntos" (Jn 21,2). Entonces, Pedro dijo: "Me voy a pescar", y ellos contestaron: "Vamos también nosotros contigo" (Jn 21,3). Aquella noche no pescaron nada, pero de nuevo interviene Jesús: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis". La echaron y no podían sacarla por la multitud de peces (Cfr. Jn 21,6). Es Jesús quien realiza el milagro, y solo en Él debemos poner toda nuestra confianza, pero Él espera encontrarnos unidos a la hora de echar nuestras redes para la pesca.

3.1. Las asociaciones y movimientos juveniles

La Exhortación *Christus vivit*[22] comenta que la pastoral juvenil, tal como la realizábamos hasta ahora, ha sufrido el embate de los cambios sociales y culturales. En las estructuras actuales, los jóvenes, muchas veces, no encuentran respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas, por ello, la actual proliferación y crecimiento

[22] Cfr. Ibid., n. 202.

de asociaciones y movimientos juveniles podría interpretarse como una acción del Espíritu, que abre caminos nuevos.

Debemos estar abiertos y acoger con anchura de corazón estas nuevas realidades juveniles, suscitadas por el Espíritu y aprobadas por la Iglesia, procurando que se inserten en la pastoral de conjunto de nuestra Iglesia diocesana. En el reciente Jubileo de los jóvenes, en Roma, algunas Diócesis de España han estado representadas por centenares e incluso miles de jóvenes, que pertenecían a diferentes movimientos y realidades eclesiales, pero que habían querido peregrinar con sus Diócesis y no de manera individual, para manifestar este espíritu de comunión, que tanto nos enriquece y que nos hace más fuertes y creíbles.

Dentro de las asociaciones eclesiales, en nuestra Diócesis, las Hermandades y Cofradías tienen una gran capacidad de convocatoria, y a ellas pertenecen muchos jóvenes. En algunas Hermandades existen vocalías de juventud, en las que los jóvenes se reúnen para prepararse para recibir el sacramento de la confirmación, cuando no lo han recibido, o sencillamente para crecer en su formación cristiana. Quisiera animar a estos jóvenes cofrades, de las diferentes Hermandades, a reunirse alguna vez, para conocerse y soñar en algún proyecto conjunto. Al mismo tiempo que los animo también a participar en las actividades de nuestra Delegación de Infancia y Juventud.

3.2. La búsqueda, el crecimiento y los ambientes adecuados

La Exhortación *Christus vivit* renuncia a proponer una especie de "manual de pastoral juvenil" o una "guía de pastoral práctica"[23], pero sí señala tres líneas de acción que debemos tener en cuenta: la búsqueda, el crecimiento y los ambientes adecuados[24]. La *búsqueda* consiste en encontrar caminos para que los jóvenes alejados se encuentren con

[23] Ibid., n. 203.

[24] Cfr. Ibid., nn. 209-220.

Cristo. Los movimientos, experiencias y métodos de primer anuncio, aprobados por la Iglesia, pueden ayudarnos mucho en este sentido.

Por su parte, los jóvenes, desde la sincera amistad, no deben desaprovechar la conversación en un bar, en un recreo de la Facultad o después de un partido de fútbol, para invitar a sus amigos a algún retiro o convivencia, en la que puedan encontrarse con el Señor. "Un joven que va a una peregrinación a pedirle ayuda a la Virgen, e invita a un amigo o compañero para que lo acompañe, con ese simple gesto está realizando una valiosa acción misionera"[25]. Como dice el Papa Francisco, hay que acercarse a los jóvenes con esta gramática del amor desinteresado, no desde el proselitismo[26].

Por lo que respecta al *crecimiento* en la fe de los que ya han tenido un primer encuentro con el Señor, hay que procurar que no se apague el fuego del amor de Dios, que se encendió en aquel encuentro. Por eso, en los momentos de convivencia y formación que organicemos, no debemos quedarnos en un plano doctrinal demasiado teórico y abstracto, sino bajar al campo de las preguntas de los jóvenes, de las experiencias que piden que sean iluminadas a la luz de la fe. Estos momentos formativos deben estar acompañados por ratos de adoración al Santísimo, de testimonios, de compartir la Palabra de Dios y algún momento lúdico y festivo. Forma parte también del crecimiento ayudar a los jóvenes a vivir la fraternidad, ayudándose mutuamente, y estando dispuestos a servir a los más pobres y necesitados.

Finalmente, por lo que respecta a los *ambientes adecuados*, el Papa insiste mucho en la necesidad de acoger cordialmente a los jóvenes que se acercan a la Iglesia, ya que muchas veces llegan hasta nosotros desde experiencias de orfandad y desarraigo. "Si los jóvenes crecieron en un mundo de cenizas, no es fácil que puedan sostener el

[25] Ibid., n. 239.

[26] Cfr. Ibid., n. 211.

fuego de grandes ilusiones y proyectos"[27]. Debemos crear ambientes que sean "hogar" y "familia" para los jóvenes, más allá de los vínculos utilitarios y funcionales tan frecuentes en nuestra sociedad. Sería ideal que pudiéramos encontrar un lugar físico para los jóvenes de nuestra Diócesis, que ellos pudiera acondicionar a su gusto, y entrar y salir con libertad, para rezar, estudiar, hacer deporte o simplemente cultivar la amistad. Todo ello sin aislarse de sus parroquias y comunidades de origen, a las que deben volver para ser "apóstoles de otros jóvenes".

3.3. Los jóvenes, apóstoles de otros jóvenes

Los primeros agentes de la pastoral juvenil, acompañados y guiados por mayores, son los mismos jóvenes. Ellos aportan creatividad e ingenio porque conocen la sensibilidad de sus coetáneos, su lenguaje, sus problemas y sus expectativas. No deberíamos organizar nada sin contar con ellos. Ellos son los primeros que deben subir a la barca de Pedro y "remar mar adentro" (Lc 5,4). Ellos tienen que ser los primeros apóstoles de otros jóvenes.

La Exhortación *Christus vivit*, comenta que, mientras que los adultos solemos preocuparnos por tener todo planificado, con reuniones periódicas y horarios fijos, hoy la mayoría de los jóvenes no se siente atraída por esos esquemas pastorales[28]. Con flexibilidad, debemos adaptar nuestras estructuras al estilo de los jóvenes, a sus horarios y a su sensibilidad. Ellos demandan formación, pero también desean compartir la vida. Se sienten atraídos por la adoración eucarística, los cantos y los testimonios reales y creíbles. También piden que organicemos experiencias de voluntariado con los más necesitados, que les ayuden a salir de sí mismos y a dar la vida por los demás.

El Papa Francisco les exhortó, con mucha fuerza, a dejar de ser niños, a afrontar las decisiones relativas a la profesión, al amor y

[27] Ibid., n. 216.

[28] Cfr. Ibid., n. 204.

a la fe sin miedo a lo definitivo, a ser valientes, generosos, a aspirar a metas altas, a no confundir la felicidad con un sofá, a no vivir toda la vida detrás de una pantalla, a no tener el alma anestesiada, a no vivir el mundo como si fueran turistas, a no ser jóvenes momificados ni vehículos abandonados, a no jubilarse antes de tiempo, a no mirar la vida desde el balcón, sino a meterse en ella[29]. Son palabras que no tienen desperdicio.

Para vivir de esta manera, hay que acompañar a los jóvenes para que cultiven una honda amistad con Cristo. Por parte de Cristo, esta amistad es inquebrantable. Él nunca se separa de nosotros, aunque a veces guarde silencio. Él nunca rompe una alianza. La amistad con Cristo se cultiva en la oración. El Papa dice que rezar es como dejar que Cristo entre en la partida de nuestra vida. Con Él, está asegurada la victoria. Si no rezamos, Él no puede entrar y no tenemos inteligencia ni fuerza en el combate.

Recientemente, el Papa León XIV decía a los jóvenes: "Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación. Reflexionen sobre su forma de vivir, busquen la justicia para construir un mundo más humano. Sirvan a los pobres y den testimonio así del bien que siempre nos gustaría recibir de nuestros vecinos. Estén unidos a Jesucristo en la Eucaristía. Adoren a Cristo en el Santísimo Sacramento, fuente de vida eterna. Estudien, trabajen y amen siguiendo el ejemplo de Jesús, el buen Maestro que siempre camina a nuestro lado"[30].

La amistad con Cristo se vive en la comunidad cristiana: "A veces toda la energía, los sueños y el entusiasmo de la juventud se debilitan por la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, en nuestros problemas, sentimientos heridos, lamentos y comodidades.

---

[29] Cfr. Ibid., nn. 134-178.

[30] León XIV, *Diálogo con los jóvenes en la vigilia del Jubileo*, 2-VIII-2025.

No dejes que eso te ocurra, porque te volverás viejo por dentro y antes de tiempo"[31]. La alegría se vive en la comunión fraterna, que además permite volar más alto: "Si quieres andar rápido, camina solo. Si quieres llegar lejos, camina con otros"[32].

Finalmente, la Exhortación *Christus vivit* previene a los jóvenes del desánimo y de bajar los brazos cuando los resultados no son inmediatos. Les recuerda que los sueños más bellos se conquistan con esperanza, con paciencia y empeño, renunciando a las prisas, sin tener miedo a apostar y a cometer errores. A lo que de verdad hay que tener miedo es a vivir paralizados, como si fuéramos "muertos en vida"[33].

3.4. El acompañamiento de las familias y los catequistas

Los jóvenes necesitan ser respetados en su libertad, pero también necesitan ser acompañados[34]. El primer acompañamiento lo realiza la familia, que debe unir fuerzas con los catequistas de la parroquia y los profesores del Colegio o del Instituto, en una alianza educativa. Los padres, cuando están unidos y viven con sinceridad y alegría su vocación matrimonial, se convierten en un espejo en el que pueden mirarse sus hijos, sobre todo los que sienten la llamada de Dios a la vida familiar.

En nuestros días, más allá de las correcciones que sean necesarias, se requiere un esfuerzo para motivar a los jóvenes, para saber acogerlos, alentarlos y estimularlos. Hay que mirarlos con comprensión, valorarlos y mostrarles afecto, sin juzgarlos prematuramente y sin exigirles una perfección que no responde a su edad[35].

---

[31] Francisco, *Exhortación Christus vivit*, n. 166.

[32] Ibid., n. 167.

[33] Ibid., n. 142.

[34] Cfr. Ibid., n. 242.

[35] Cfr. Ibid., n. 243.

A los mayores, los jóvenes nos demandan coherencia, es decir, que tratemos de vivir lo que enseñamos, aunque tampoco nos piden que seamos perfectos, sino que sepamos reconocer nuestros límites y nuestros errores cuando los cometemos. Esta humildad nos da mucha autoridad moral ante ellos. También nos piden que sepamos escucharlos con amabilidad, y que tengamos la capacidad de comprender sus sufrimientos más profundos. No debemos tomar las decisiones por ellos, como si fueran meros sujetos pasivos, pero sí caminar a su lado, ofreciéndoles las herramientas que necesitan para elegir bien[36].

3.5. El papel insustituible del sacerdote y las personas consagradas

El sacerdote y las personas consagradas siguen siendo insustituibles en la pastoral con jóvenes. Como ocurre con los matrimonios, cuando los consagrados viven su vocación con entrega y entusiasmo, son un testimonio para los jóvenes, que se preguntan sobre el sentido de la vida y quizá también sobre una posible vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. Los jóvenes adultos que acompañan a otros jóvenes, como catequistas y monitores, juegan un papel fundamental, ya que los jóvenes se proyectan en ellos, pero no pueden reemplazar a los sacerdotes y consagrados, que siguen siendo imprescindibles.

Como ya dije anteriormente, quiero animar a todos los sacerdotes a comprometerse en la pastoral con jóvenes, aunque sea empezando con unos poquitos jóvenes de sus parroquias y comunidades. La cuestión es comenzar con algunos convencidos, que, si les ofrecemos una pastoral de calidad, se encargan de llamar a otros.

A veces, los sacerdotes tenemos que vencer ciertas resistencias en nuestra dedicación a la pastoral juvenil, por la diferencia de edad, de lenguaje y de experiencias vividas, por la ignorancia o indiferencia religiosa de los jóvenes, por la complejidad de sus problemáticas o por su inconstancia y falta de compromiso. La pastoral juvenil no es fácil,

[36] Cfr. Ibid., n. 246.

por eso tenemos la tentación de delegarla en "otros", que tengan más tiempo y cualidades que nosotros.

Es cierto que no todos valemos para todo, y que hay sacerdotes con más carisma para los jóvenes, pero todos estamos llamados a ser padres de los jóvenes. Sin ellos, nuestro ministerio sacerdotal se empobrece y avejenta. Hoy existe el drama de muchas ovejas sin pastor, pero también de muchos pastores sin ovejas. Los sacerdotes tenemos el peligro de convertirnos en funcionarios o gestores, sin duda por las exigencias de nuestro ministerio, pero quizás también porque las tareas administrativas nos comprometen menos.

Tampoco nuestra dedicación prioritaria a la administración de los sacramentos debería ser una excusa para eximirnos de la pastoral juvenil. En una agenda bien organizada puede haber tiempo para todo. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II[37], aunque sean muy variadas las actividades a las que haya que acudir, el sacerdote encuentra su unidad de vida en el ejercicio de la caridad pastoral, uniéndose a Cristo Buen Pastor, y esta caridad pastoral nos urge, sin duda, a salir al encuentro de los jóvenes, que son el futuro y el presente de la Iglesia, para que tengan vida y la tengan en abundancia (cfr. Jn 10,10).

A veces, los sacerdotes juzgamos demasiado rápido a quienes trabajan con jóvenes, ya sea desde la Diócesis como desde los movimientos y asociaciones. Seguramente, muchos de esos juicios sean acertados, pero no deben ser una excusa que justifique nuestra apatía, nuestra pereza o falta de creatividad. El que no trabaja con jóvenes, lógicamente, no se equivoca en ese campo, pero tampoco cumple con su obligación. Creo que es más correcto unir nuestros esfuerzos y dialogar con inteligencia para ir corrigiendo los posibles errores.

Agrada mucho al Señor que luchemos por acercar a los jóvenes al Señor. San Juan Bosco, "Padre y Maestro de la juventud", decía: "No

[37] Cfr. Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, n. 14.

hay jóvenes malos, solo jóvenes que no saben que pueden ser buenos, y alguien tiene que decírselo". Quizá nosotros podemos ser esos padres de los jóvenes, que siempre están ahí para cuando nos necesiten. Muchas veces nos tocará ser "padres en la sombra", como San José[38]. Es hermoso trabajar así, sin lucimientos, sin ser posesivos, sin tratar a los jóvenes como si fueran nuestros. No se trata de hacernos sus colegas, sino unos padres con los que siempre pueden contar[39].

3.6. Las instituciones educativas

En la pastoral con jóvenes, las instituciones educativas tienen un papel fundamental, ya que son los lugares en los que los jóvenes pasan la mayor parte de su tiempo. En este sentido, quiero agradecer la tarea que desarrollan los profesores de religión, en la escuela pública, y los coordinadores de pastoral en los colegios de titularidad católica, concertados o privados, presentes en nuestra Diócesis.

Nuestra Delegación de enseñanza ofrece a todos un buen servicio de coordinación, que deberíamos aprovechar más para realizar actividades conjuntas. Recuerdo con gozo el Encuentro Jubilar de la escuela concertada, del pasado mes de mayo, que nos ayudó a visibilizar nuestra común pertenencia a la Diócesis complutense y a afianzar nuestra identidad católica. Podríamos seguir trabajando en esta línea, en colaboración con la Delegación de Infancia y Juventud.

---

[38] Cfr. Francisco, Carta *Patris corde*, n. 7.

[39] Durante el Sínodo sobre la Nueva Evangelización, del año 2012, fue muy aplaudida la intervención de Tommaso Spinelli, un joven catequista de una parroquia de Roma. Dijo esto a los sacerdotes: "El sacerdote ha perdido confianza en la importancia de su ministerio, ha perdido carisma y cultura. Veo sacerdotes que se adaptan al pensamiento dominante. Y lo mismo sucede en las celebraciones litúrgicas: cuando intentan ser originales acaban siendo insignificantes. Sacerdotes, os pido que encontréis la valentía de ser vosotros mismos. No temáis, porque si sois auténticamente sacerdotes, si proponéis sin miedo la verdad de la fe, los jóvenes os seguiremos".

Como he hecho en diversas ocasiones, deseo animar a todos los docentes católicos a continuar su labor en estos tiempos recios. Aunque la educación requiere cada vez más esfuerzo y creatividad, y una creciente aplicación de las modernas tecnologías, no procedamos simplemente con criterios de excelencia académica, sino también con criterios de fe. Transmitamos nuestra identidad cristiana, sin complejos, con la palabra y el ejemplo de vida coherente y alegre. Cultivemos la vida espiritual de nuestros niños y adolescentes en nuestros colegios. Seamos conscientes de que, durante la niñez, una semilla sembrada en profundidad tiene más fuerza que todas las malas hierbas que puede haber en la superficie. Esa semilla de la Palabra de Dios está en vuestras manos, queridos profesores. No nos cansemos de sembrar.

3.7. Las Delegaciones de pastoral juvenil, universitaria y vocacional

Por lo que se refiere a las actividades concretas, a la hora de dar un nuevo impulso a nuestra pastoral con jóvenes, no pretendo "descubrir la pólvora". Quisiera mantener lo que ya se está haciendo con buen resultado, aunque me gustaría que llegara a más jóvenes y a más parroquias de nuestra Diócesis. Lo que hacemos está bien, pero lo reciben pocos. En este sentido, quisiera reactivar el Consejo Diocesano de pastoral juvenil, contando con la participación de los Delegados de Infancia y Juventud, de pastoral universitaria y vocacional, y con representantes, sacerdotes y laicos, de los diferentes arciprestazgos.

Cada año, de manera subsidiaria, las Delegaciones proponen unas actividades, un plan de acción que puede servir a las parroquias y a las asociaciones y movimientos para trabajar con los jóvenes. Como todo proyecto humano, esta programación puede perfeccionarse, por eso las Delegaciones deben estar abiertas a las propuestas y sugerencias de las parroquias y demás instituciones que trabajen en la pastoral juvenil, pero siempre es necesario partir de un plan concreto, que canalice nuestros esfuerzos, aunque después se vaya corrigiendo y enriqueciendo.

En el caso de la Delegación de Infancia y Juventud, se programan actividades diversas para niños, adolescentes y jóvenes. La pastoral juvenil no se improvisa, hay que prepararla acudiendo a por el agua a su fuente, que es la infancia y la adolescencia. Cada año, todos los *niños* (de 8 a 12 años) están convocados a un Encuentro diocesano, en el que también participan sus sacerdotes y catequistas. Es un modo de visibilizar la comunión y de transmitir a los niños el rostro de una Iglesia alegre y acogedora.

Entre los niños también se promueve la celebración de la Solemnidad de todos los santos (Holywins), con mucho arraigo en la ciudad de Alcalá, un campamento de verano y la formación de "grupos de poscomunión" con una identidad propia, bajo el patrocinio de los Santos Niños Justo y Pastor, con catequesis, oración y actividades lúdicas. La idea es ir generando un movimiento diocesano juvenil, con una pedagogía de ritos y etapas de crecimiento, que ayude a los niños a perseverar en su vida cristiana, hasta convertirse en monitores de otros niños.

Por lo que respecta a los *adolescentes* (de 12 a 17 años), también se les propone celebrar la Solemnidad de todos los santos, pero con otro tipo de actividades, que incluyen una noche de adoración y reparación. Además, están convocados cada año a una peregrinación de fin de semana y a un campamento itinerante por la Diócesis (Complurutum), además de otras iniciativas puntuales.

Por su parte, los *jóvenes* (de 17 a 27 años), todos los meses están convocados a una Adoración eucarística, a la que sigue un rato de formación y una cena compartida. Es la ocasión para encontrarse periódicamente con Dios y entre ellos, que quizá se han conocido en otras actividades que también organiza la Delegación, como la peregrinación mariana de fin de semana, los Ejercicios Espirituales para jóvenes, en torno a la Navidad, la Jornada diocesana de jóvenes o las actividades de verano, que siempre viene cargado de iniciativas como las Jornadas Mundiales de la Juventud, el Camino de Santiago y experiencias misioneras o de voluntariado.

Quisiera animar vivamente a toda la comunidad diocesana a participar en estas actividades, con la oración y con el apoyo a los más jóvenes. A veces, nos quejamos de que los jóvenes viven alejados de la Iglesia, pero no ponemos los medios que tenemos a nuestro alcance para intentar que se acerquen a ella, comenzando por los medios que ofrece la Diócesis. Si estas convocatorias tuvieran mayor acogida, la presencia de muchos jóvenes se convertiría en un efecto llamada para otros jóvenes más alejados. Los jóvenes funcionan así, llamándose unos a otros. Por eso, me atrevo a apelar a la conciencia de cada uno, para vuestra reflexión: ¿Qué estoy haciendo para acercar a los jóvenes a la Iglesia?

3.8. Los campamentos de verano

Para terminar, quisiera decir una palabra sobre la importancia de los campamentos de verano, que son una cantera de jóvenes cristianos. Conozco parroquias en las que no había ningún joven, que ahora tienen un grupo juvenil floreciente porque se decidieron a organizar un campamento de verano con un pequeño grupo de niños de poscomunión. Fue laborioso y supuso mucho esfuerzo al principio. Había que implicar a sus padres, buscar monitores y prever la logística, pero aquellos niños tuvieron una experiencia inolvidable y repitieron varios años, hasta que fueron monitores de otros niños, y así se fue consolidando un pequeño movimiento juvenil en la parroquia.

Los campamentos promueven la desinstalación, el salir de casa, de nuestros ambientes habituales, de nuestras comodidades y de tantas "pantallas", lo cual favorece el encuentro con Cristo. También ayuda conocer a otros jóvenes, con los que se fraguan amistades sanas y perdurables, por tener su fundamento en el Señor. Los jóvenes saben distinguir las relaciones interesadas y mundanas de las verdaderas amistades, en las que pueden ser quienes son en realidad, sin tener que fingir lo que no son para ser aceptados. No tener que

estar aparentando todo el tiempo da mucha libertad y los jóvenes lo necesitan[40].

Si en el campamento se fomenta la ayuda y el servicio a los demás, en los juegos y en el deporte, surge una alegría mayor: la alegría de la entrega. "Hay más alegría en dar que en recibir", dice el Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 20,35). La alegría del placer y la fiesta es efímera, caduca y deja el corazón vacío. Sin embargo, la alegría del servicio y de la entrega a Cristo y a los demás, aun siendo exigente, es profunda y duradera.

El contacto con la naturaleza también favorece el encuentro con Dios. En este clima de naturaleza, desinstalación, amistad, servicio, deporte, juegos y catequesis, se dan unas condiciones muy propicias para la formación del joven cristiano. Algunos jóvenes adquieren hábitos en los campamentos, como la oración, la confesión frecuente, el orden, la puntualidad, la laboriosidad, el valor del esfuerzo y la superación, la abnegación o la generosidad, que después mantienen durante todo el curso. Además, van asumiendo responsabilidades poco a poco, lo cual les ayuda mucho en su proceso de maduración.

Ojalá muchas parroquias de la Diócesis se lanzaran a organizar campamentos de verano, bien por sí mismas, o bien uniéndose a otras parroquias cercanas. Nuestra Delegación de Infancia y Juventud, a través de la Escuela de ocio y tiempo libre, podría suministrarles materiales y apoyo logístico. Estoy seguro de que Dios bendeciría este esfuerzo con muchos frutos espirituales.

---

[40] "Ninguna amistad es fiel sino en Cristo. San Agustín nos dice: No hay amistad que sea auténtica si no es en Cristo (…). Ama verdaderamente al amigo quien ama a Dios en el amigo, nos dice san Agustín (…). Cuando nuestras amistades reflejan este intenso vínculo con Jesús, ciertamente se vuelven sinceras, generosas y verdaderas": León XIV, *Diálogo con los jóvenes en la vigilia del Jubileo*, 2-VIII-2025.

4. SANTA MARÍA, MADRE DE LOS JÓVENES

Concluyo esta carta, poniendo en manos de nuestros Patronos, los Santos Niños Justo y Pastor, y de María, Madre de los jóvenes, el deseo de una renovada pastoral juvenil en nuestra Diócesis. El hecho de que nuestros patronos sean unos niños mártires podemos entenderlo como una llamada especial de Dios a proponer la fe a los más jóvenes.

Por otra parte, nuestros jóvenes ya están consagrados al Inmaculado Corazón de María y Ella no se olvidará jamás de este ofrecimiento. Siendo muy joven, María tuvo la valentía de responder afirmativamente a la llamada del ángel. Su "sí" no fue un "a ver qué pasa", sino una entrega total y decidida, sin más seguridad que la confianza en Dios.

María fue una joven fuerte para cumplir la voluntad de Dios. No se arredró ante las dificultades del embarazo, del nacimiento en la gruta de Belén o de la huida a Egipto. Supo estar cerca de su Hijo en la cruz, cuando una espada atravesó su alma, y acompañó a los Apóstoles en los primeros compases de la Iglesia, después de Pentecostés. Aquella joven muchacha es ahora la Madre que vela por sus hijos, especialmente por los más jóvenes, con la misma entereza, para que nuestra esperanza no se apague. Ella sabe que sin jóvenes no hay esperanza, por eso guía nuestros pasos para que sepamos acompañarlos con un renovado entusiasmo.

Con el ruego de que recéis por esta intención, recibid mi saludo y mi bendición.

+ Antonio Prieto Lucena

Obispo complutense

UT VITAM HABEANT